



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 27 de septiembre de 2000

La Eucaristía suprema celebración terrena de la "gloria"

1. Según las orientaciones trazadas por la *Tertio millennio adveniente*, este Año jubilar, celebración solemne de la Encarnación, debe ser un año "intensamente eucarístico" (n. 55). Por este motivo, después de haber fijado la mirada en la gloria de la Trinidad, que resplandece en el camino del hombre, comenzamos una catequesis sobre la grande y, al mismo tiempo, humilde celebración de la gloria divina que es la Eucaristía. Grande porque es la expresión principal de la presencia de Cristo entre nosotros "todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28, 20); humilde, porque está confiada a los signos sencillos y diarios del pan y del vino, comida y bebida habituales de la tierra de Jesús y de muchas otras regiones. En esta cotidianidad de los alimentos, la Eucaristía introduce no sólo la promesa, sino también la "prenda" de la gloria futura: "futuræ gloriæ nobis pignus datur" (santo Tomás de Aquino, *Officium de festo corporis Christi*). Para captar la grandeza del misterio eucarístico, queremos considerar hoy el tema de la gloria divina y de la acción de Dios en el mundo, que unas veces se manifiesta en grandes acontecimientos de salvación, y otras se esconde bajo signos humildes que sólo puede percibir la mirada de la fe.

2. En el Antiguo Testamento, el vocablo hebreo *kabôd* indica la revelación de la gloria divina y la presencia de Dios en la historia y en la creación. La gloria del Señor resplandece en la cima del Sinaí, lugar de revelación de la palabra divina (cf. Ex 24, 16). Está presente en la tienda santa y en la liturgia del pueblo de Dios peregrino en el desierto (cf. Lv 9, 23). Domina en el templo, la morada –como dice el salmista– "donde habita tu gloria" (Sal 26, 8). Envuelve como un manto de luz (cf. Is 60, 1) a todo el pueblo elegido: el mismo san Pablo es consciente de que "los israelitas poseen la adopción filial, la gloria, las alianzas..." (Rm 9, 4).

3. Esta gloria divina, que se manifiesta de modo especial a Israel, está presente en todo el universo, como el profeta Isaías oyó proclamar a los serafines en el momento de su vocación: "Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos. Llena está toda la tierra de su gloria" (*Is* 6, 3). Más aún, el Señor revela a todos los pueblos su gloria, tal como se lee en el Salterio: "Todos los pueblos contemplan su gloria" (*Sal* 97, 6). Así pues, la revelación de la luz de la gloria es universal, y por eso toda la humanidad puede descubrir la presencia divina en el cosmos.

Esta revelación se realiza, sobre todo, en Cristo, porque él es "resplandor de la gloria" divina (*Hb* 1, 3). Lo es también mediante sus obras, como testimonia el evangelista san Juan ante el signo de Caná: "Manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos" (*Jn* 2, 11). Él es resplandor de la gloria divina también mediante su palabra, que es palabra divina: "Yo les he dado tu palabra", dice Jesús al Padre; "Yo les he dado la gloria que tú me diste" (*Jn* 17, 14. 22). Cristo manifiesta más radicalmente la gloria divina mediante su humanidad, asumida en la encarnación: "El Verbo se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad" (*Jn* 1, 14).

4. La revelación terrena de la gloria divina alcanza su ápice en la Pascua que, sobre todo en los escritos joánicos y paulinos, se describe como una glorificación de Cristo a la diestra del Padre (cf. *Jn* 12,23; 13,31; 17,1; *Fip* 2,6-11; *Col* 3,1; *1 Tm* 3,16). Ahora bien, el misterio pascual, expresión de la "perfecta glorificación de Dios" (*Sacrosanctum Concilium*, 7), se perpetúa en el sacrificio eucarístico, memorial de la muerte y resurrección que Cristo confió a la Iglesia, su esposa amada (cf. *ib.*, 47). Con el mandato: "Haced esto en memoria mía" (*Lc* 22, 19), Jesús asegura la presencia de la gloria pascual a través de todas las celebraciones eucarísticas que articularán el devenir de la historia humana. "Por medio de la santa Eucaristía, el acontecimiento de la Pascua de Cristo se extiende por toda la Iglesia (...). Mediante la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo, los fieles crecen en la misteriosa divinización gracias a la cual el Espíritu Santo los hace habitar en el Hijo como hijos del Padre" (Juan Pablo II y Moran Mar Ignatius Zakka I Iwas, *Declaración común*, 23 de junio de 1984, n. 6: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de julio de 1984, p. 9).

5. Es indudable que la celebración más elevada de la gloria divina se realiza hoy en la liturgia. "Ya que la muerte de Cristo en la cruz y su resurrección constituyen el centro de la vida diaria de la Iglesia y la prenda de su Pascua eterna, la liturgia tiene como primera función conducirnos constantemente a través del camino pascual inaugurado por Cristo, en el cual se acepta morir para entrar en la vida" (*Vicesimus quintus annus*, 6). Pero esta tarea se ejerce, ante todo, por medio de la celebración eucarística, que hace presente la Pascua de Cristo y comunica su dinamismo a los fieles. Así, el culto cristiano es la expresión más viva del encuentro entre la gloria divina y la glorificación que sube de los labios y del corazón del hombre. A la "gloria del Señor que cubre la morada" del templo con su presencia luminosa (cf. *Ex* 40, 34) debe corresponder nuestra "glorificación del Señor con corazón generoso" (*Si* 35, 7).

6. Como nos recuerda san Pablo, debemos glorificar también a Dios en nuestro cuerpo, es decir, en toda nuestra existencia, porque nuestro cuerpo es templo del Espíritu que habita en nosotros (cf. *1 Co* 6, 19. 20). Desde esta perspectiva, se puede hablar también de una celebración cósmica de la gloria divina. El mundo creado, "tan a menudo aún desfigurado por el egoísmo y la avaricia", encierra una "potencialidad eucarística: (...) está destinado a ser asumido en la Eucaristía del Señor, en su Pascua presente en el sacrificio del altar" (*Oriente lumen*, 11). A la manifestación de la gloria del Señor, que está "por encima de los cielos" (*Sal* 113, 4) y resplandece sobre el universo, responderá entonces, como contrapunto de armonía, la alabanza coral de la creación, para que Dios "sea glorificado en todo por Jesucristo, a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén" (*1 P* 4, 11).

Saludos

Queridos hermanos y hermanas:

Doy mi bienvenida a los peregrinos de lengua española. En especial a los venidos de la diócesis de Madrid, con el cardenal Antonio María Rouco Varela, y de Tarazona, con mons. Carmelo Borobia. La peregrinación a Roma en este jubileo os ha de introducir en un nuevo período de gracia y de misión: revitalizad vuestras comunidades situando la Eucaristía en el centro y entregándoos día a día a los hermanos. Saludo también a los sacerdotes del Colegio Mexicano y del Movimiento de Schoenstatt; al grupo "Ángeles de María", a la cooperativa "Virgen de las Angustias" y a los demás grupos procedentes de España, México, República Dominicana, Venezuela, El Salvador y Argentina. Deseo que experimentéis la gloria de Dios y lo glorifiquéis con vuestra vida.

(En lituano)

Buscad al Señor con todo vuestro corazón y con todas vuestras fuerzas, y sed mensajeros de esperanza los unos para los otros. En el corazón de Cristo y de la Iglesia os acompaña mi oración.

(En eslovaco)

Hermanos y hermanas, el signo particular del jubileo es la indulgencia, en la cual se manifiesta la misericordia infinita del Padre celestial, que sale al encuentro de todos con su amor. Respondamos generosamente a la invitación de Dios.

(A los croatas)

El jubileo que estamos celebrando es una ocasión muy especial para redescubrir la constante presencia y la acción salvífica de Dios uno y trino en la vida y en la historia del hombre. Esa

presencia llena el corazón humano de esperanza y lo impulsa hacia el futuro sostenido por el amor de Dios, que en la plenitud de los tiempos se manifestó al mundo en Jesucristo.

(En italiano)

Dirijo un saludo especial a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Que el ejemplo de caridad de san Vicente de Paúl, cuya memoria litúrgica celebramos hoy, os estimule, queridos *jóvenes*, a realizar vuestros proyectos de futuro en un gozoso y desinteresado servicio al prójimo; os ayude a vosotros, queridos *enfermos*, a afrontar el sufrimiento como una vocación particular de amor, a fin de que encontréis en ella la paz y el consuelo de Cristo; y os impulse a vosotros, queridos *recién casados*, a construir una familia siempre abierta a los pobres y al don de la vida.